

á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

*Vir.* Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

*Ang.* ¡Oh! ¡cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

*Vir.* Poniéndote bajo mi protección.

*Ang.* ¡No, jamás!

*Vir.* Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí: de otro modo, mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el caldoso.

*Ang.* Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

*Vir.* Elige, pues.

*Ang.* No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas esarnecidas por la hez del populacho.

*Vir.* Sea.—¡Diego!

#### ESCENA XII.

ANGELINA, EL VIREY, DIEGO.

*Vir.* Conduce á esta mujer á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

*Ang.* ¡Monstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

*Vir.* Basta.—Diego, haz que dentro de una hora se reúna el consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. [Vase.]

#### ESCENA XIII.

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS.

[Los guardias la conducen en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.]

*Diego.* Conducidla con todo el miramiento de que seais capaces, á la prision mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevais ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

#### ESCENA XIV.

DIEGO, DON RODRIGO, QUE SE PRESENTA A UNA SEÑAL DE DIEGO.

*Diego.* Venid, jóven.

*Rod.* ¿Adónde vamos?

*Diego.* A los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

*Rod.* ¿Qué quieres de mí, miserable?

*Diego.* Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura

para que conozcais á vuestros amigos, y los distinguais de los que no lo son.

*Rod.* Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virey de Nápoles.

*Diego.* Poco á poco, caballero, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidais que no os he faltado á la consideración que merecís, y que he permitido que me lleveis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habeis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa jóven á quien amais, mas bien como una imágen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubon el individuo de quien os hablo.

*Rod.* ¿Y quién es, ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

*Diego.* Yo, señor mancebo, yo mismo.

*Rod.* ¡Tú!

*Diego.* Escuchadme, señor Monforte, y despues sereis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incoronata. A beneficio de su disfraz, la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

*Rod.* ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

*Diego.* Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo lo he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un huron entre los confesonarios de la Incoronata, y todo lo he visto, todo lo he oido . . . y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

*Rod.* Conclud, que me teneis impaciente, y no comprendo . . .

*Diego.* Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á hacer. Cuando hace dos años el virey insultó á las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mujeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

*Rod.* ¿Adónde vais á parar?

*Diego.* Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: "Con-

de de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa," me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: "Conspirad con nosotros para derrocar al virey," me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro; el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, conde de Monforte, ¿quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

*Rod.* ¿Y quién me responde de tí?

*Diego.* Os daré la libertad.

*Rod.* ¿Y á Angelina?

*Diego.* ¡Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

*Rod.* No quiero: ó los dos, ó nadie.

*Diego.* Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. ¿Dudais? Veo que no teneis fé en mi resolución, porque ignorais las razones que tengo para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenia una mujer como vos la teneis ahora: él la vió como ha visto á la vuestra . . .

*Rod.* Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

*Diego.* Ahora mismo, en vuestro calabozo.

*Rod.* ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

*Diego.* Dentro de diez minutos.

*Rod.* Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

*Diego.* Os daré todavía otra seguridad.

*Rod.* ¿Cuál?

*Diego.* Pondré á vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

*Rod.* Acepto, y toma. (Le tiende la mano).

*Diego.* Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá Dios y medrarémos.)

(Diego conduce á Don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon).

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

#### ESCENA PRIMERA.

EL VIREY. LOS CINCO JUECES DEL CONSEJO SECRETO SENTADOS AL REDEDOR DE LA MESA. ANGELINA, SENTADA EN UN TABURETE SIN RESPALDO.

*Juez.* En fin, señora, si os obstináis en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá preci-

sado á usar con vos medios mas severos, ó creará por vuestro silencio, que conociéndoos culpable, no teneis razones con que defenderos.

*Ang.* El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará á su injusticia.

*Juez.* Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta, á imitación suya, la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servios, pues, contestar ingenuamente.

*Ang.* Servios, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir, primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vínculos mas sagrados. Sí señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

*Vir.* Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada, y sería imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones, además, servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

*Juez.* Os concedemos, pues, una hora mas para que mediteis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfacéis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

*Ang.* Mi fé me promete que llegará un día en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal, que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese día infalible, mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

*Juez.* Llevadla. (Tocan la campanilla).

*Ang.* Vamos.

#### ESCENA II.

EL VIREY, LOS JUECES.

*Vir.* Esa jóven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos, y creo que los medios rigurosos no harán mas que acrisolar el fiero valor de esa mujer. Me atrevó á proponeros, pues, que mandeis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fé sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religion que profesan.

*Juez.* Así se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

(Con una señal afirmativa toca el virey la campanilla, y se presenta Diego.)

*Juez.* Introducid al conde de Monforte. (Vase Diego y vuelve con Don Rodrigo.)



## ESCENA III.

EL VIREY, DON RODRIGO, LOS JUECES.

*Juez.* ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

*Rod.* Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojáros.

*Juez.* Acercaos á jurar sobre estos Evangelios, que vais á decir verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

*Rod.* El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

*Juez.* Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

*Rod.* Está dicho, señores.

*Juez.* Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad, habéis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hecho pocos años coadyuvado á la sublevación del pueblo, con el infame pescador Tomas Aniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caída del duque de Arcos, no habéis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo soberano. Mirad...

*Rod.* Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos descendían de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que aunque mi espada esté guardada de oro, y mi armadura sea las más rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra, al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

*Juez.* Reparad que estais corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto solo bastara para probar al tribunal...

*Rod.* ¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde queréis juzgarme como rebelde, para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí señores, protesto contra un tribunal donde no veo más que á enemigos personales míos, que hartos cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. ¿Y por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? ¿Dónde están los dos Carafas? ¿Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan os tendré por tribunal competente. No á vosotros solos, que todos habéis recibido beneficios de mi familia, que no queréis confesar, porque se los habéis pagado indignamente. ¡Vive Dios! ¿á quién de voso-

tros demandaré justicia? ¿Será á tí, viejo príncipe de Celamare, que debes la vida á mi padre?

¿A vosotros, Cárlos Caracciolo y Héctor Calpecciatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecía cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien queréis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á decíroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

*Juez.* Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precisión de sujetárosla con una mordaza.

*Vir.* Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

*Rod.* Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es que sois un cobarde, y que si algún día, despojado de vuestras insignias de virey, os encontráis cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

*Vir.* Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

*Rod.* Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me temeis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

*Juez.* ¡Hola! (Toca la campanilla y aparece Diego.) Volvedle á su calabozo.

*Rod.* Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que sea cualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

*Diego.* Vamos.

## ESCENA IV.

EL VIREY, LOS JUECES.

*Juez.* Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese joven.

*Vir.* La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los conspiradores no hubiera amenazado más que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubiera comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á su majestad, tengo, á pesar mío, que llevar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordeis de las amenazas y dictérios que ese acorlado joven ha tenido la audacia de dirigirme.

Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed más benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendría presente, al sentenciar la juventud, la inesperienza y la desgracia de los criminales. No lo olvideis, pues, y pasad, si os place, á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votación.

*Juez.* Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor virey, y tendrémos presente al administrar la justicia, las virtudes de vuestra persona ultrajada.

*Vir.* Id, pues, nobles señores, pero que no sea esa la razón que más pese en vuestra balanza.

## ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id; y no os olvideis de dorar el temor que me teneis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia con la cual me querais tener agradecido, cuando no sois más que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinación que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme, obligaría á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado.—Diego!

## ESCENA VI.

EL VIREY, DIEGO.

*Diego.* Señor.

*Vir.* ¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesion de ese joven?

*Diego.* Sí, señor excelentísimo: hemos dado la comision á un reverendo monge, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

*Vir.* Me has comprendido perfectamente.

*Diego.* Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaración pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

*Vir.* Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

*Diego.* Siempre que la caridad de los que le confían semejante comision se esplique con él generosamente por su servicio.

*Vir.* Dale eso. (Le da un bolsillo.)

*Diego.* ¿En nombre del virey de Nápoles?

*Vir.* No: en nombre de los jueces del consejo secreto.

*Diego.* Está bien, fiad en mí.

*Vir.* Dentro de dos horas á lo más recibirá órden para salvarla ó para condenarla.

*Diego.* Es decir.....

*Vir.* Que esa mujer ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

*Diego.* ¿Y en cuanto al joven?

*Vir.* En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

*Diego.* Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

*Vir.* Es verdad, pero los jueces salen: retiráte.

## ESCENA VII.

EL VIREY, LOS JUECES.

*Vir.* ¿Habeis concluido ya la votación?

*Juez.* Sí, señor virey. He aquí el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

*Vir.* Y yo la cumpliré exactamente, sea cualquiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

*Juez.* Tomadla, y mirad si teneis algo más que pedir al tribunal.

*Vir.* Quisiera, señores, que tuviérais presente que la joven condesa de Monforte nada ha declarado: y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exige más indulgencia.....

*Juez.* Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaración, y sea la que quiera, vos, en nombre de S. M. católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

*Vir.* Está bien.

*Juez.* El cielo os guarde, señor virey.

*Vir.* Dios guie vuestros pasos, nobles señores.

## ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolución. (Lee en secreto.) A la misma pena..... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.—¡Oh! esto es más de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte más conveniente. ¡Diego!

## ESCENA IX.

EL VIREY, DIEGO.

*Vir.* Ya están en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

*Diego.* El tribunal.....

*Vir.* Mira. (Diego mira la sentencia.)

*Diego.* En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

*Vir.* Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero



escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave del caracol que desde mi dormitorio conduce á ella: quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del Norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita: porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. Y á propósito, ¿qué dicen esos villanos de mis justicias?

*Diego.* Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

*Vir.* Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo. . . . ¿tus esbirros duermen?

*Diego.* Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

*Vir.* No se por qué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

*Diego.* No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

*Vir.* Pues bien, Diego; te autorizo para registrar todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecermela por garantía.

*Diego.* ¿Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

*Vir.* Acaba de anoecer: te doy dos horas.

*Diego.* Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado, tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito.

(*Saluda y se va.*)

#### ESCENA X.

##### EL VIREY.

Ahora, corazon, respira  
El ámbar de la esperanza.  
Ahora, ó amor ó venganza  
Cumplida has de conseguir.  
Ya soberano absoluto  
De este país de placeres,  
Sus hijos y sus mujeres  
De hinojos me han de servir.  
(*Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.*)

Así, servil muchedumbre,  
Así festéjame, canta;

Tu voz hasta mí levanta  
Con tus aplausos. . . así.  
Arrástrate humildemente  
A las plantas de tu dueño;  
Su orgullo arrulla y su sueño  
Con dulces cánticos, sí.  
Bien haces: gózate y canta;  
Que tan lejos de Castilla,  
Las nuevas de tu mancilla  
A España no llegarán.  
La fama de tu hermosura,  
La riqueza de tus playas,  
Do quier que á quejarte vayas,  
A desmentirte saldrán.

Nápoles, ciudad dichosa  
De deleite y de pereza,  
No hay corona en mi cabeza,  
Mas soy tu rey en verdad.  
Ya no alcanzan tus pescadores  
De Amalfi, ni de Sorrento  
Sobre tu golfo sangriento  
Sus himnos de libertad.  
Castilla ganó tus tierras;  
Y en nombre yo de Castilla  
Te tiranizo, y se humilla  
Ante mis plantas tu grey.

Tu golfo oprimen mis naaves,  
Y en tus torres altanera  
Clavada está mi bandera  
En el nombre de mi rey.  
¡Pueblo insensato! á quien hizo  
Para servir el destino,  
Canta y rie, ese es tu sino.  
Tu fortuna es tu ilusion.  
Canta, que á fé que me halagan  
Al son de tus blandas olas,  
Las alegres barcarolas  
Con que cantas tu opresion.

(*Cantan dentro.*)

Era Nápoles un dia  
Un inculto paraiso,  
Y venderle fué preciso  
Al cuidado de un señor.  
Ora canta sin afanes  
De su golfo entre las olas,  
Solo amantes barcarolas  
Su olvidado pescador.

Pero acaso  
Estudia y fragua  
En el agua  
Otro cántico mejor.

*Vir.* ¿Qué alegres son esas danzas!

¡Qué dulces esos cantares!  
¡Los aplausos populares  
Cuánto agradan al señor!  
¡Cuánto ecsalta mis antojos  
Y mis ansias enardece,  
Y mi ser enorgullece  
El cantar del pescador!

(*Cantan dentro.*)

Está Nápoles dormida,  
Por las ondas arrullada,  
Pero Nápoles no olvida

Lo que debe á su señor.  
Y del chuzo con que rompe  
Las escamas á los peces,  
Puede hacer, como otras veces,  
Una lanza el pescador.  
Porque acaso  
Estudia y fragua  
En el agua  
Otro cántico mejor.

*Vir.* ¡Vive el cielo! de esa estrofa  
Con el doblado sentido  
Ese imbécil ha querido  
Insultar á su señor.  
¡Hola! (*Aparece un esbirro.*)

Al punto, que me saquen  
De esa torpe concurrencia  
Y que venga á mi presencia  
Ese infame pescador.

(*Váse el esbirro.*)

Con un cordel á la gola  
Y un crucifijo en la mano,  
Cantar haré á ese villano  
Su postrera barcarola.  
Si él puede como otras veces  
Hacer del chuzo una lanza,  
Yo haré que tomen venganza  
De sus lanzadas los peces.

(*El virey se asoma al balcon, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta y embocado Don García, que le escucha.*)

*Vir.* (*mirando por el balcon.*) Mas á su barca se acoge,

¡Vive Dios! y el remo abarca  
Y huye! yo haré que otra barca  
A darle caza se arroje.  
Y aunque el mismo Belcebú  
Se la ayude á remolcar,  
Por Dios que le he de atrapar.

(*Al volverse ve á Don García, y dice espantado.*)

Mas, ¡Cristo! ¿quién eres tú?

#### ESCENA XI.

##### EL VIREY, DON GARCIA.

*Garc.* Callad.

*Vir.* ¡Socorro!

(*Va á tocar la campanilla, y Don García le sujeta la mano.*)

*Garc.* Es en vano,  
Señor conde de Vergara;  
Escuchadme cara á cara,  
U os hago polvo la mano.

*Vir.* ¡Soltad!

*Garc.* Escuchadme, pues,  
Que en secreto hemos de hablar,  
Y lo que oigais, enterrar  
En el alma fuerza es.  
Virey habeis sido vos  
De Nápoles por seis años,  
Y horror son ya vuestros daños  
De los hombres y de Dios.  
Por saciar vuestros placeres,

Jueces habeis corrompido,  
Empleos habeis vendido,  
Y deshonrado mujeres.  
Con rastrera hipocresía  
Abusando del poder,  
Os dispensais de tener  
Religion, fé, ni hidalguía.  
Tras el denso cortinaje  
De una justicia severa,  
Escondeis de un alma fiera  
El hondo libertinaje.  
Y así á vuestra escelsitud  
Creisteis que no llegaban  
Mas que ojos que se cegaban  
Con vuestra falsa virtud.  
Pero un perpetuo testigo  
Que por do quier os seguia,  
Y que sumiso os servia,  
De la sospecha al abrigo,  
Avariento os espiaba,  
Vuestra eterna sombra hecho,  
Y á los piés de vuestro lecho  
Por la noche se sentaba.  
El, con vengativo empeño,  
Con incansable teson  
Ganó vuestro corazon,  
De todo vos se hizo dueño.

Y no hay escondida idea,  
No hay intencion solapada  
Que por él comunicada,  
Sabida del rey no sea.  
Tu nombre, pues, se ha borrado,  
Vergara, del libro de oro;  
Tus haciendas, tu tesoro,  
Todo está ya confiscado.  
Y encontrándote tu rey  
A sus favores ingrato,  
Te aparta del vireinato  
Y te acusa ante la ley.

*Vir.* Espectro amedrentador,  
Mensajero funeral

De esa nueva tan fatal,  
Aparicion de pavor,

¿Delante de quién estoy?  
¿Quién eres, vision tirana?

*Garc.* Don García de Orellana,  
Virey de Nápoles soy.

(*Don García se desemboza y queda en traje negro con el toison al cuello. El virey cae á sus piés de rodillas. Al inclinarse cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Le recoge, lo mira un momento comparándolo con Don García, y despues que este le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta el conde con aire de triunfo, y tomando con Don García un tono irónico.*)

*Garc.* No os humilleis ante mí,  
Y hablemos, Vergara, claros.  
Yo no he venido á ultrajaros,  
Y me avergonzais así.

*Vir.* (Mas ¡qué veo! Dios me apresta  
Represalia bien segura.)  
Estímoos tanta mesura



En ocasion tan funesta:  
Obedecer sé que debo  
Las órdenes de mi rey,  
Y acato su augusta ley,  
Y á murmurar no me atrevo.  
Mas veo que generoso  
Ser conmigo pretendéis.

*Garc.* Ruégoos que me perdoneis,  
Si al veros tan orgulloso  
En palabras propaséme.

*Vir.* Perdonado estais, señor.  
Yo encendí vuestro furor,  
Pues al veros escaltéme.

*Garc.* Apenas pisé la tierra  
Que teniais en gobierno,  
Creí que todo el infierno  
Se hacia en ella la guerra:  
Corria la sangre á arroyos,  
Y al resplandor del incendio,  
Ví quedar con vilipendio  
Los cadáveres sin hoyos.  
Y ví lágrimas correr,  
Y oí imprecaciones tales,  
Que mis sentidos cabales  
Llegué á dudar de tener.  
Por todas partes oí  
Maldeciros y acusaros.  
Entonces, ¿á qué engañaros?  
Vergara, os aborrecí.  
Por quedar mas convencido,  
Yo mismo veros ansié,  
Y con ira os escuché  
Cerca de vos escondido.  
Señor conde, perdonad:  
Os juro de buena fé  
Que al oír me horroricé  
Por vos mismo la verdad.  
(*El virey se sonrie y oye sereno.*)  
Ahora, pues, órdenes reales  
Sujeto á cumplir estoy:  
A dar al consejo voy  
Mi fé con mis credenciales.  
Vos, á partir disponeros  
Para Castilla podeis.

*Vir.* Un momento.

*Garc.* ¿Qué quereis?

*Vir.* Quiero un pacto proponeros.  
No os sorprendais. A pesar  
De hallarnos á tal distancia,  
Aun puedo con arrogancia  
Con mi sucesor pactar.

*Garc.* Decid.

*Vir.* Yo he mandado aquí  
Seis años, y bien quizás:  
Dejadme dos horas mas  
El gobierno que perdí.

*Garc.* ¿Sabeis cuando el mar bravío  
Mi barco anoche sorbió  
Con qué fuerzas nadé yo?  
¿Sabeis qué afán era el mio?  
No era la sed de mandar,  
No era, conde, la ambicion,  
Que está ya mi corazon

Harto de humo popular.  
Mi fuerza fué la esperanza  
De alzar el yugo ceseerable,  
Que á este pueblo miserable  
Habeis puesto: y la tardanza  
De cada breve momento  
Que pasaba bajo de él,  
Era un manantial de hiel  
Abierto en mi pensamiento.  
Juzgad si iré á conceder  
Las dos horas que pedís.

*Vir.* ¿Es decir que no admitís?

*Garc.* Vergara, no puede ser.

*Vir.* Por última vez, señor,  
Dos horas y nada mas.

*Garc.* Vergara, haceos atras,  
La bajeza me da horror.

*Vir.* Dos horas.

*Garc.* Ni dos instantes.  
Juré ante el rey y el altar  
A Nápoles libertar  
De vos, y será cuanto antes.

*Vir.* Lo jurásteis. . . ¡vive Dios!  
¿Qué os importa haber jurado,  
A olvidar acostumbrado  
Vuestros juramentos vos?

*Garc.* ¡Infame!

*Vir.* A espacio, señor,  
Que habeis llegado á jurar  
A vuestra hija vengar,  
Y aun vive su seductor.

*Garc.* ¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?

*Vir.* Dadme el tiempo que os propongo,  
Y en vuestras manos lo pongo.

*Garc.* Sois un miserable, conde.  
Mas os vais al precipicio;  
Porque ó hablais al momento,  
U os mando atar al tormento.

*Vir.* Don García, estais sin juicio.  
¿En olvido habeis echado  
Que aquí mi juez os han hecho,  
Y el juez no tiene derecho  
Para osar al acusado?

*Garc.* ¿Desventurado de mí!  
¿No hay, pues, medio de que hableis?

*Vir.* Las dos horas que calleis,  
Y siga el gobierno en mí:  
No hay mas medio.

*Garc.* ¡Voto al sol!  
Quien da en tan infame traza,  
¿Cómo dirá que su raza  
Es de solar español?  
¡Mentira! . . . lo dice á voces  
El pueblo. . . sois un bandido,  
Las hienas os han tenido  
En sus entrañas feroces.

*Vir.* Seguid, me teneis sujeto  
Bajo el yugo de la ley;  
Mas pensadlo bien, virey,  
Dos horas vale el secreto.

*Garc.* Pues bien; ya que tanto os cuesta  
De Nápoles el gobierno,  
Llévese el mando el infierno

Y escuchadme otra propuesta.  
Yo con ciega idolatria  
Amé á la hija de mi amor:  
Ella era el bien mayor,  
El único que tenia.  
Por ir al campo á lidiar  
Por mi rey y por mi España,  
El tiempo de la campaña  
La hice en un claustro guardar.  
Robómela un seductor,  
Y fué mi única esperanza  
Vivir para la venganza  
De aquel engaño traidor.  
Mirad su carta postrera:  
Siempre la llevo conmigo,  
De mi llanto por testigo  
Y para atizar la hoguera  
De mi cólera: pues bien;  
A España, conde, partid,  
Sinceros en Madrid,  
Y haced con oro que os dén  
El vireinato: interino  
Quedaré yo, y aunque enormes  
Vuestras culpas, daré informes  
Que salven vuestro destino.

*Vir.* No, que habrá en mi contra allí  
(*Oyese á lo lejos la serenata.*)  
Acusaciones tamañas,  
Que las mayores hazañas  
Se volverán contra mí.  
No: ya que habeis dado un paso  
A la reconciliacion,  
Aceptad en conclusion,  
Y no andeis en gracia escaso.

*Garc.* No, Vergara; tanto empeño  
El gobierno en conservar,  
Me hace de vos sospechar  
Mal designio, y no pequeño.  
Oid: no hay mas que un solo hombre  
Que ahora en esa serenata,  
Pueda á esa turba insensata  
Dar ó descubrir mi nombre.  
Concibo todo el pesar  
Que debe ser para vos,  
Saber á cuál de los dos  
Vienen ahí á festejar.  
Conozco que os es gran pena  
Ver que esos himnos comprados,  
Para vos aparejados,  
Celebran la dicha ajena.  
Conozco que la esperanza  
De vengar mi propia afrenta,  
Es cebo que mi fé tienta  
A otorgaros la tardanza  
De dos horas que pedís;  
Pero no puede mi honor  
Ser ni dos horas traidor  
A mi rey y á mi país.

*Vir.* Pues bien, si estais decidido  
A que con vos no transija,  
Ahí teneis de vuestra hija  
Ese recuerdo perdido.  
(*Le da el retrato.*)

*Garc.* ¿Y quién esta prenda os dió?

*Vir.* El sacerdote que oyera  
Su confesion postrimera,  
Y enviáosle me encargó.  
Dijo que enviarlo era ley  
A Don García derecho,  
Y esta ocasion aprovecho  
Para dárselo al virey.

*Garc.* ¿Sin duda el cielo maldijo  
Hasta su último recuerdo!

*Vir.* La pobre murió en su acuerdo,  
(*Con malignidad.*)  
Y con afán muy prolijo  
Os encargó la venganza  
De aquel que os la arrebató,  
Y que al fin la abandonó  
Sin consuelo ni esperanza.  
Dijo que murió en sus brazos  
Maldiciendo al seductor  
Que la abandonó traidor.

*Garc.* Basta: quiero en mil pedazos  
Su corazon dividido;  
Necesito su existencia.

*Vir.* ¿Luego acepta su escelencia. . . ?

*Garc.* Sí, acepto vuestro partido,  
¿Ese hombre? . . .

*Vir.* A mí está sujeto;  
Yo sé quién es solamente,  
Y á ese precio únicamente  
Os vendo vuestro secreto.

*Garc.* Sea. ¿Dios lo quiere así!  
No puede mi corazon  
Con tan grave tentacion;  
Sucumba mi honor aquí.  
Escribid, que os dejo dueño  
(*El virey escribe.*)  
Del mando dos horas mas,  
Y de no volverme atras  
Palabra y firma os empeño.

*Vir.* Firmad, pues.

*Garc.* Tomad.

*Vir.* (*con ironía.*) Señor,  
Hoy me habeis hecho feliz.

*Garc.* Y á mí vos con vuestro ardid  
Me habeis hecho ser traidor.

*Vir.* Pasemos á ese aposento,  
Pues primero de entregáosle  
Necesito aseguráosle.

*Garc.* Pero sed breve.

*Vir.* Un momento.  
(*Entran por la puerta que da á la cámara del virey, y en este momento se oye la serenata al pié del balcon, y suenan voces de viva el conde de Vergara! viva el libertador de Nápoles!*)

## ESCENA XIV.

DIEGO, CON LINTERNA Y LLAVES.

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á traves de la cerradura. Y á fé que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conversacion. Sin embargo, nada me han servido mis